

LA SOMBRA DE
su secreto

CLAUDIA CARDOZO



VESTALES

© Editorial Vestales, 2016.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Cardozo, Claudia

La sombra de su secreto, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2016.

384 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-45-5

1. Narrativa Histórica. I. Título

CDD Pe863

ISBN 978-987-3863-45-5

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2016 en Gráfica LAF SRL, Montegudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

A mis padres, Ana y Andrés.

PRÓLOGO

Colchester, Essex, 1880.

LA VIDA DE EMILY BROWNING NO SE HABÍA CARACTERIZADO por ser en particular sencilla ni mucho menos rebosante de alegrías en los últimos años. Mientras observaba cómo la tierra era lanzada sobre el féretro de su madre, se dijo que nada la había preparado para un acontecimiento tan doloroso, ni siquiera la imprevista muerte de su padre, tres años atrás... Al pensar en su noble y generosa madre, la dama más amable que había conocido, sintió una vez más esa asfixiante angustia alojada en el pecho, como si el corazón se le hubiera golpeado hasta quedar tan lastimado que el simple acto de respirar requiriera un gran esfuerzo.

¿Cómo era posible que una mujer tan llena de vida desapareciera de la faz de la Tierra con tanta rapidez? La enfermedad la atacó sin un solo aviso y se la llevó con la misma pacífica simpleza con la que ella había llevado gran parte de su vida. En cierto sentido, Emily agradecía su falta de sufrimiento, pero le hacía tanta falta...

Al sentir un suave apretón en la mano, la muchacha abandonó sus pensamientos y bajó la mirada para encontrarse con el pequeño rostro de su hermana Mary. ¡Era tan hermosa! Incluso en ese momento, con el severo vestido negro que resaltaba su palidez, era

imposible dejar de apreciar la perfección de sus rasgos, los delicados labios encarnados y el sedoso cabello castaño que ella misma se había encargado de peinar con esmero. Casi de forma inconsciente, pasó una mano por su propio cabello, oscuro y liso, que llevaba sujeto firme en un sencillo peinado en lo alto de la cabeza. No era la primera vez que pensaba en las notorias diferencias que había entre su aspecto y el de Mary. Mientras que la niña era delicada, de belleza serena y un aire desvalido que inspiraba una inmediata ternura, Emily se mostraba como una joven mujer de exterior decidido, rasgos firmes que hablaban de cierta dureza en el carácter y una apariencia sugestiva que, quienes la conocían, encontraban muy atrayente.

Su hermana le apretó la mano, y Emily exhaló un suspiro de pesar tras darle una nueva mirada. Sabía que Mary habría preferido hacer justo lo mismo que ella deseaba con desesperación: ir a su casa y llorar durante horas, para así purgar parte del dolor que la abrumaba. Sin embargo, eso no era posible, no aún, debían esperar que culminase el servicio y luego algunas personas insistirían en acompañarlas y permanecer un momento con ellas. La sola idea de rechazar ese gesto era inaceptable.

Emily ignoró una vez más las palabras del sacerdote y observó el cielo, interesada por la suave brisa que le sacudió el cabello. Apenas logró contener un suspiro de alivio al ver las nubes que se arremolinaban unas contra otras, aquello solo podía presagiar una tormenta. No serían muchas las personas que se ofrecerían a acompañarlas a casa con ese clima; era posible que solo la señora Jenkins y su hija Anne insistieran, y ello debido a que vivían cerca y el regreso no les resultaría demasiado complicado.

El clima pareció tomar como una señal la finalización del servicio, porque fue justo entonces cuando desató toda su furia. La lluvia empezó a caer, y el viento, inclemente, golpeó las mejillas de Emily. Se cubrió un poco mejor los hombros con el sencillo chal negro y acercó a Mary para protegerla del frío. Con una última

mirada a la tumba de su madre, empezó a andar; la pequeña mano de su hermana bien sujeta, como si temiera perderla también a ella.

Tal y como pensó, los pocos asistentes se excusaron con rapidez, y ella agradeció las muestras de afecto. La mayor parte eran personas humildes que conocían a su madre desde que había llegado a Colchester. Sus antiguos conocidos de Wiltshire, donde habían vivido durante tantos años hasta que decidieron hacer ese cambio en su residencia, no habían sido notificados. Emily no le encontró sentido porque se trataba de personas mayores que nunca habrían podido hacer ese largo viaje y solo se habrían sentido incómodos ante la necesidad de escribirle para excusarse; además, apenas debían de recordarla, y quizá eso fuera lo mejor. Al no contar con más familiares cercanos, era natural para Emily suponer que debía mostrarse agradecida de haber contado con la presencia de las personas que se preocuparon por estar a su lado en un momento tan difícil de sus vidas. Y, sin embargo, deseaba con tanta desesperación que todos desaparecieran...

Al llegar a la calle en la que estaba ubicada la pequeña casa que ocupaban, no le extrañó en absoluto que, tal y como había supuesto, la señora Jenkins y Anne fueran las únicas que se habían ofrecido a hacerles compañía un momento con una taza de té y un trozo de la tarta que la buena señora le había hecho traer a su hija de la casa vecina. Apenas hablaron, en gran parte debido a que Emily respondía a las amables preguntas con monosílabos, y que Mary permanecía en obstinado silencio. Apenas había formulado un par de frases desde la muerte de su madre y, aunque de por sí no era una niña muy comunicativa, no dejaba de resultar extraño en una pequeña de apenas ocho años.

Cuando las mujeres se marcharon, Emily exhaló un sonoro suspiro y se encargó de lavar y guardar la vajilla en el aparador de la minúscula cocina con movimientos medidos y calculados, atenta a Mary, que permanecía sentada en una de las sillas frente a la mesa que acostumbraban a usar para comer. De espaldas a ella, le podía oír la tenue respiración y el golpeteo nervioso del zapato contra el

suelo, ademán que delataba la necesidad de contar con su atención. Al terminar las labores, Emily dio media vuelta y observó a su hermana mientras esperaba que fuese ella quien hablara. Empezaba a preocuparle ese mutismo tan poco usual.

—¿Qué pasará ahora, Emily?

La voz de Mary era extrañamente grave para pertenecer a una niña de su edad, pero en opinión de Emily, le confería un curioso encanto.

—Ahora seremos solo tú y yo, por supuesto. —Hizo un esfuerzo por plasmar un leve tono de optimismo en la voz.

Su hermana suspiró y meneó la cabeza de un lado a otro, las largas trenzas se le sacudieron debido al movimiento.

—La echo de menos —dijo al cabo de un momento con tono quedo.

Emily se acercó y se arrodilló frente a ella sin importarle ensuciar el único vestido apropiado que tenía para el luto. Miró a su hermana a los ojos, que empezaban a lagrimear pese a los obvios intentos de la pequeña por mantener la serenidad.

—También la extraño, Mary, siempre lo haré, y tú también; pero tenemos que continuar.

—¿Y cómo lo haremos? Estamos solas, sabes lo difícil que era todo con mamá aquí, y ahora...

Emily le tomó el rostro entre las manos con gesto firme y la obligó así a verla a los ojos.

—No estamos solas, Mary, nos tenemos la una a la otra —dijo, con tono seguro—. Todo estará bien.

La niña le sostuvo la mirada durante unos instantes que a Emily le parecieron horas y, al final, asintió un tanto insegura.

—¿Puedes prometerlo?

Emily dio una mirada alrededor y frunció el ceño al contemplar el escaso y modesto mobiliario y las desnudas paredes. Sin embargo, no titubeó al responder.

—Te lo prometo —dijo, al tiempo que la tomaba por los hombros y le apoyaba la cabeza contra el pecho—. Todo estará bien.

Emily rogó porque su madre la ayudara a cumplir esa promesa.